

Emanuel

Tu nombre llegó a mi vida
mucho antes de que comprendiera
todo lo que significaba.

Emanuel.

Dios con nosotros.

Tres palabras capaces de resumir una historia,
una familia,
un camino entero recorrido entre lágrimas, esperanzas,
caídas y victorias.

Porque cuando miro tu vida, hijo mío,
no veo solamente a un muchacho creciendo.

Veo una evidencia viva
de la fidelidad de Dios.

Veo la respuesta silenciosa
a cada oración pronunciada en las noches difíciles.

Veo la mano del cielo
sosteniéndonos cuando parecía que las fuerzas no alcanzarían.

Y entonces comprendo
que tu nombre no fue una casualidad.

Fue una promesa.

Una promesa que Dios decidió escribir
en medio de nuestra historia.

Porque han existido tormentas.

Han existido días oscuros.

Han existido personas que intentaron sembrar tristeza,
injusticia y dolor en nuestro camino.

Han existido momentos
en los que parecía más fácil rendirse.

Pero una y otra vez,
Dios nos recordó que nunca caminábamos solos.

Y tú estabas allí.

Creciendo.

Luchando.

Aprendiendo.

Demostrándole al mundo entero
que la adversidad jamás tiene la última palabra.

Recuerdo cuando muchos dudaban.

Cuando algunos pensaban que no podrías.

Cuando las dificultades parecían demasiado grandes.

Cuando las enfermedades llegaron
a desafiar tu tranquilidad,
tu cuerpo,
tu bienestar.

Cuando respirar parecía una batalla.

Cuando las alergias aparecían como enemigos invisibles.

Cuando algunos creían que el camino académico sería imposible.

Pero nadie conocía la fuerza
que Dios había depositado dentro de ti.

Nadie conocía la determinación
que habita en tu carácter.

Porque tú eres de aquellos seres humanos
que toman una decisión
y avanzan hasta cumplirla.

Posees una firmeza poco común.

Una voluntad que no se rinde fácilmente.

Una capacidad admirable
para levantarte una vez más.

Y eso, hijo mío,
es una de las cosas que más admiro de ti.

No solamente tu inteligencia,
que es extraordinaria.

No solamente tu capacidad para aprender,
para analizar,
para comprender el mundo.

Sino tu fortaleza interior.

Ese fuego silencioso
que te impulsa a seguir adelante.

Porque la verdadera grandeza
no consiste en no tener obstáculos.

Consiste en avanzar a pesar de ellos.

Y tú lo has hecho.

Una y otra vez.

Por eso me siento orgulloso.

Profundamente orgulloso.

Orgulloso de la persona que eres.

Orgulloso del joven en quien te estás convirtiendo.

Orgulloso de cada paso que das.

Orgulloso de cada meta alcanzada.

Orgulloso de cada batalla vencida.

Y mientras te observo crecer,
mi corazón se llena de gratitud.

Porque Dios me ha permitido acompañarte.

Tomarte de la mano.

Orientarte cuando ha sido necesario.

Caminar contigo por senderos difíciles.

Celebrar contigo las victorias.

Y aprender contigo también.

Porque los hijos no solamente reciben enseñanzas.

También enseñan.

Y tú me has enseñado acerca de la perseverancia,
la valentía,
la paciencia
y la esperanza.

Hijo mío,

cómo quisiera que cada consejo que te doy
pudiera permanecer para siempre en tu corazón.

No porque yo tenga todas las respuestas.

No porque sea perfecto.

Sino porque cada palabra que nace de mis labios
ha sido pronunciada desde el amor.

Porque lo único que deseo para ti
es el bien.

Lo único que anhelo
es verte feliz.

Lo único que le pido diariamente a Dios
es que te proteja,
te guarde,
te fortalezca
y te conduzca por caminos de bendición.

Estoy convencido
de que alcanzarás grandes cosas.

No solamente por tu inteligencia.

No solamente por tus capacidades.

Sino porque Dios ha puesto sobre tu vida
un propósito hermoso.

Y porque has aprendido,
desde muy joven,
que los sueños se construyen con fe,

disciplina
y perseverancia.

Que nadie te haga olvidar nunca
todo lo que has superado.

Que nadie disminuya jamás tu valor.

Que nadie te convenza
de que no eres capaz.

Porque ya has demostrado lo contrario.

Y lo seguirás demostrando.

Emanuel,

si algún día la vida se vuelve difícil,
si algún día aparecen dudas,
si algún día el camino parece demasiado largo,

recuerda esto:

Nunca caminarás solo.

Dios irá delante de ti.

Y detrás de Él,
siempre encontrarás a tu padre.

Tu amigo.

Tu compañero de viaje.

Alguien dispuesto a escucharte,
abrazarte,
aconsejarte

y ayudarte a levantarte cuantas veces sea necesario.

Porque después de Dios,
ningún título me honra más
que el de ser tu padre.

Y porque mientras exista un latido en mi pecho,
existirá también una oración pronunciando tu nombre.

Emanuel.

La prueba de que Dios ha estado con nosotros.

Ayer.

Hoy.

Y siempre.

AUTOR: GERARDO IVÁN TORRES MAYA.